

### **Tercer Domingo de Pascua A2023**

Permítanme comenzar esta homilía con una anécdota. En una de las peregrinaciones que hice a Tierra Santa, tuve el privilegio de visitar el pueblo de Emaús. El supuesto lugar de la revelación de Jesús a los dos amigos está hoy a cargo de los monjes benedictinos de la Abadía de Abu Gosh, una fundación francesa.

Mientras celebrábamos la Misa, pensé en lo que les sucedió a los dos amigos cuando el Señor se les apareció en el camino. Mientras se sentaban a la mesa para la cena, nuestro Señor se les reveló al partir el pan. Se les abrieron los ojos y entendieron mejor que antes el sentido de las Escrituras acerca de él. El episodio de los dos amigos me recordó también la tragedia de la vida humana con sus altibajos, alegrías y tristezas, momentos felices y malos recuerdos.

Los dos amigos en el camino de Emaús estaban llenos de tristeza por los hechos ocurridos en Jerusalén con respecto a la pasión y muerte de nuestro Señor. Estaban desconsolados y solos. Era como si el mundo dejara de existir para ellos. Quizás dejaron su pueblo y fueron a Jerusalén con el sueño de un futuro brillante para su país y ellos mismos siguiendo las enseñanzas y las acciones de Jesús. Pero, con su muerte, todo terminó: sueños rotos, corazones rotos. Ahora regresaban a su pueblo conversando sobre todo eso.

Creo que cada uno de nosotros puede reconocerse en estos dos amigos con nuestros sueños rotos, decepciones, tristezas y experiencias negativas de la vida. Como estos dos discípulos, a veces nos sentimos solos sin nadie que nos consuele de nuestros sueños rotos. Como ellos, vagamos por el camino sin propósito, vacíos y perdidos.

Y sin embargo, de manera invisible, nuestro Señor está con nosotros, acompañándonos en estos momentos y compartiendo con nosotros el meandro de nuestra vida. Esto es lo que los dos discípulos habían experimentado. Mientras luchaban por dar sentido a los acontecimientos de Jerusalén, experimentaron que cuando el misterioso viajero les hablaba, sus corazones ardían dentro de ellos. Era como si se vertiera una medicina sobre sus heridas para que tuvieran paz en el corazón.

Esto es exactamente lo que hace la palabra de Dios cuando nos abrimos a Dios y le ofrecemos nuestros problemas y dificultades. La experiencia espiritual nos ha enseñado que la palabra de Dios es un medio poderoso que nos da fuerza y orientación en los momentos de dificultad. Nos permite mantener la calma y mantenernos firmes en los caminos del Señor a pesar de las dificultades. Nos consuela con la presencia perpetua del Señor que nunca nos deja solos. Dios viaja con nosotros en nuestros propios caminos a Emaús.

Hay una historia popular que dice esto: “Una noche un hombre tuvo un sueño. Soñó que caminaba por la playa con el Señor. A través del cielo destellaron escenas de su vida. Para cada escena, notó dos juegos de huellas en la arena: uno le pertenecía a él, el otro al Señor.

Cuando la última escena de su vida pasó ante él, volvió a mirar las huellas en la arena, notó que muchas veces a lo largo del camino de su vida había solo un par de huellas. También notó que sucedió en los momentos más bajos y tristes de su vida.

Esto le molestó mucho y le preguntó al Señor: “Señor, tú dijiste que una vez que yo decidiera seguirte, caminarías conmigo todo el camino. Pero he notado que durante los momentos más difíciles de mi vida, solo hay un par de huellas. No entiendo por qué cuando más te necesitaba me dejaste.”

El Señor respondió: “Mi precioso, precioso hijo, te amo y nunca te dejaría. Durante tus momentos de prueba y sufrimiento, cuando ves solo un par de huellas, fue entonces cuando te llevé”.

Ahora, pasemos a este maravilloso momento de compartir la comida. La comida es siempre un momento maravilloso para sentarnos junto con la gente y compartir con ellos quiénes somos y qué son ellos. Es un momento privilegiado de acercamiento a la gente, de pasar un tiempo de calidad con ellas para conocerlas un poco mejor. Nuestro Señor escogió este momento para revelar quién era. No era un viajero cualquiera, sino verdaderamente el Cristo resucitado que estuvo con ellos mientras luchaban con su decepción y amargura.

Si no lo hubieran invitado, se habrían perdido una oportunidad tan grande de bendición y consuelo. Dice el Evangelio que una vez que descubrieron que era el Señor Resucitado, ese mismo día volvieron a Jerusalén para decirles a los demás discípulos que nuestro Señor está vivo. No había manera de guardar para ellos una experiencia tan maravillosa de la revelación de nuestro Señor. Se convirtieron en verdaderos misioneros y testigos de la resurrección de nuestro Señor.

Esta comida que tuvo nuestro Señor con los dos discípulos es el símbolo de la Eucaristía. En la Eucaristía, nuestro Señor se da a nosotros para fortalecernos en nuestra peregrinación. Si tenemos los ojos de la fe, podemos reconocer a nuestro Señor viniendo a nosotros para consolarnos y animarnos a seguir adelante y luchando en este camino de la vida. Dentro de unos minutos nos acercaremos a la mesa de la Eucaristía para recibir al Señor para vivir y continuar el camino. Tenemos que preparar nuestro corazón para tal encuentro con nuestro Señor.

Permítanme concluir con las palabras del cardenal Cantalamessa: “Jesús permanece con nosotros de dos maneras: en la Eucaristía y en su palabra. Está presente en ambos: en la Eucaristía bajo la forma de alimento, en la Palabra bajo la forma de luz y de verdad. La palabra tiene una gran ventaja sobre la Eucaristía. Sólo los que ya creen y están en estado de gracia pueden recibir la comunión; pero todos, creyentes y no creyentes, casados y divorciados, pueden acercarse a la palabra de Dios. En efecto, para hacerse creyente, el camino más normal es el de la escucha de la palabra de Dios”.

**Hechos 2: 22-33; 1 Pedro 1: 17-21; Lucas 24: 13-35**



Fecha de la Homilía: el 23 de Abril, 2023  
© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20230423homilia.pdf